

# **LA DEVOCIÓN A MARÍA SANTÍSIMA**

**por**

**San Alfonso M<sup>a</sup> de Ligorio**

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO  
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla**

# LA DEVOCIÓN A MARÍA SANTÍSIMA

**SUMARIO:** Es señal de predestinación. -Poder de María. -Amor de María. -El mal argumento de Lutero. -¿Quién es verdadero devoto de María?; Diversos obsequios. -Fuego de apostolado.

¡Qué grande esperanza de salvación tiene toda alma que confía en la intercesión de la Madre de Dios! *El que me encuentra, encuentra la vida y alcanza del Señor la salvación* (Prov 8,35), canta la Santa Iglesia, aplicando a María, en sus fiestas, estas palabras del sabio: «El que me encuentra -dice María- por medio de una sincera devoción, encontrará en la tierra la vida de la gracia, y en el cielo la salvación eterna».

Hablando SAN ANSELMO con la Madre de Dios, llega a afirmar: «Así como es imposible, ¡oh Virgen bendita!, que se salve aquel a quien Tú rechazas, es también imposible que se condene aquel que, convirtiéndose a Ti, logra tus miradas». SAN ANTONINO viene a decir lo mismo: «Es necesariamente candidato de la salvación y de la gloria aquel en quien María pone sus ojos como abogada». Y SAN BUE-

NAVENTURA escribió que «el que obtiene el favor de María es mirado como conciudadano por los bienaventurados, y por su carácter de protegido de la Virgen, es inscrito en el libro de la Vida», viviendo aún en la tierra.

Sí; la devoción de María es un indicio de predestinación. Explica el doctor Angélico que a María se le llama *Estrella del mar*, porque «así como el navegante, por las estrellas, se orienta hacia el puerto, así los cristianos navegan hacia el cielo por medio de María».

Si un verdadero devoto de María se condenara (y luego indicaré lo que se entiende por verdadero devoto de María), tendría que ser o por falta de amor o por falta de poder en la Virgen; ahora bien: «ni el amor ni el poder le pueden faltar», como nota SAN BERNARDO; por consiguiente, nunca se condenará un verdadero devoto de María.

Veamos primeramente el poder de María para con Dios, en favor de sus devotos.

Queriendo la Santa Iglesia inspirarnos confianza en nuestra gran abogada, nos hace invocarla con el título de *Virgen Poderosa*. Así es, en efecto, por gracia de Dios omnipotente, como ella misma cantó: *El que es poderoso hizo en mí grandes cosas*. Por eso escribió

TEÓFILO, obispo de Alejandría: «Agradece el Hijo que la Madre le ruegue, porque en agradecimiento del gran favor que le hizo de darle carne humana, quiere concederle cuanto le pida». Santa Brígida oyó un día que JESUCRISTO decía a su Madre: «Pídeme cuanto quieras, que tus ruegos no pueden quedar fallidos; porque ya que Tú nada me negaste en la tierra, Yo no puedo negarte nada en el cielo».

Pero ¿sabéis cuál es la razón principal del poder que tienen cerca de Dios las plegarias de María? Que es Madre. «Las plegarias de María-según SAN ANTONINO- tiene valor de mandato, por lo cual no es posible que queden frustradas». Y SAN ALBERTO MAGNO parafraseaba así aquella oración de la Iglesia: *-Muestra que eres mi Madre:* «Señora, mostraos como Madre, mandando al Hijo con autoridad de Madre, que tenga piedad de nosotros. Y en el mismo sentido escribe SAN PEDRO DAMIANO que «cuando María pide a su Hijo alguna gracia para sus devotos, más bien manda como Reina que suplica como esclava del Señor» COSME DE JERUSALÉN llega a llamar omnípotente a la intercesión de María... Lo cual confirma RICARDO DE SAN LORENZO con estas palabras: «Siendo la

misma la potestad del Hijo que la de la Madre, la omnipotencia del Hijo hace omnipotente a la Madre»... El Hijo es omnipotente por naturaleza; la Madre lo es por gracia; es decir, que obtiene la Madre cuanto quiere por medio de sus plegarias.

«Por perdido que supongamos a un pecador -asegura JORGE DE NICOMEDIA- si recurre a María, Ella le salvará con su intercesión; nada resiste a tu poder, porque el Creador tiene como suya tu propia gloria». «Todo lo podéis -le dice también a María SAN PEDRO DAMIANO- puesto que podéis dar la esperanza de la salvación a los mismos desesperados».

Cuando el demonio intente, pues, tentarnos de desconfianza, volvámonos a María, y digámosle con SAN GERMÁN: «Vos, ¡oh María!, sois omnipotente para salvar a los pecadores, y no tenéis necesidad de ajenas recomendaciones cerca de Dios, porque sois la Madre de la verdadera vida»

Veamos, en segundo lugar, la gran voluntad que tiene María de ayudar a sus devotos.

«¿De qué nos serviría el gran poder de María -pregunta CONRADO SAJÓN- ¿Si no le importara nuestra suerte? Por fortuna no es

así -dice el mismo-, porque la Virgen no sólo es la más poderosa de todos los Santos cerca de Dios, sino que es también la que más que todos se desvela por nuestra salvación». «¿Quién más que Vos, Señora nuestra -le dice SAN GERMAN-, cuida de nosotros fuera de vuestro Hijo? ¿Quién nos defiende como Vos en nuestras aflicciones? ¿Quién se fatiga como Vos en ayudar a los pecadores Vuestro socorro, ¡oh María!, es mayor de lo que nosotros podemos comprender» San Andrés Avelino llamaba a María «la gran negociante del cielo». ¿Y cuáles son los negocios en que la Virgen se ocupa en el cielo? Son sus continuas plegarias por nosotros para alcanzarnos las gracias que le pedimos.

Un día reveló la Virgen a Santa Brígida: «Me llaman Madre de misericordia, y lo soy en realidad, porque la misericordia de Dios me hizo misericordiosa». ¿Quién, en efecto, nos ha dado a esta gran protectora sino la misericordia de Dios que quiere salvarnos? «Bien desgraciado será -añadió la Virgen- quién, pudiendo, no se acerque a la misericordia»; esto es, a Mí, que soy tan piadosa con todos; y por no recurrir a Mí en esta vida, se condena eternamente.

«Los pechos de María -expone RICARDO DE SAN VÍCTOR- están tan llenos de compasión, que al sentirse apretados por la noticia de alguna miseria sueltan la leche de la misericordia, y no sabe María ver a un necesitado sin que vuele a socorrerlo».

Ya era así cuando vivía en la tierra; basta que recordéis el hecho de las Bodas de Caná de Galilea, cuando faltando el vino, sin esperar a que nadie se lo pidiera, sintiendo el sonrojo y la pena que iba a caer sobre los esposos, se adelantó a pedir a su Hijo el remedio, diciéndole: *No tienen vino* (Jn 2,3) y obtuvo el gran milagro de Jesús de convertir el agua en vino. «Pues si tan grande era la compasión de María para todos los afligidos cuando vivía en la tierra -concluye SAN BUENAVENTURA-, ¿cuánto mayor será la que nos tiene ahora en el cielo, desde donde ve mejor, y mejor compadece nuestras miserias?».

No dejamos nunca de acudir en todas nuestras necesidades a esta Madre divina, «que se encuentra siempre preparada para ayudar al que la invoca», como siente RICARDO DE SAN LORENZO. «Siempre que acudamos a Ella -añade BERNARDINO DE BUSTIS -la encontraremos con las manos llenas de misericordia

y generosidad». «Tiene María un corazón tan piadoso -escribe RICARDO DE SAN VÍCTOR-, que se adelanta a socorrer a los miserables antes de que la hayan invocado» «¿Por qué, pues, hemos de temer acercarnos a María? -pregunta SAN BERNARDO-. Nada hay en ella de austero, nada que infunda temor; toda Ella es suavidad» para todos los que la invocan. ¿Cómo podría dejar de ser piadosa con quien la invoca, cuando Ella misma va buscando a los que se pierden, para salvarlas? María llama a todos a la esperanza de todo bien por medio de su invocación, por estas palabras: *En Mí está toda la esperanza de vida y de virtud; venid todos a Mí.* «A todos los llama -explica PELBARTO-, a los justos y a los pecadores».

El demonio, según SAN PEDRO, *anda siempre buscando a quién devorar* (Ped 5, 8); «pero esta divina Madre -firma BERNAR-DINO DE BUSTIS- anda siempre alrededor de nosotros buscando a quién salvar». Y para salvarnos, bástale que la invoquemos. Decía un alma santa: «Basta pedir las gracias a María para alcanzarlas». Tanto deseo tiene María de ayudarnos, que pudo escribir SAN BUENAVENTURA: «Pecan contra Ti, Señora, no sólo los que te ofenden, sino también los que no te invocan». Y se conso-

laba el Santo mirando a María, porque «cuando te miro, Señora -exclamaba-, no veo más que misericordia»; pues es verdad «que no sabe dejar de compadecerse -añadía- ni ha aprendido a dejar sin alivio a los miserables». Esa es la ocupación de María en el cielo: pedir misericordia para los desgraciados.

Santa Brígida oyó un día que JESÚS decía a su Madre: «Madre, pídemelo lo que quieras». Y María respondió: «No pido más que misericordia para los miserables»; como si dijera: Hijo mío, ya que me hiciste Madre de misericordia y Abogada de los miserables, ¿qué te voy a pedir más que misericordia para ellos? Y puesto que los mayores desgraciados son los pobres pecadores, en ellos tiene puestos los ojos, para socorrerlos.

Cantaba DAVID: *Los ojos del Señor miran al justo*; «en cambio, esta Madre de misericordia -opone RICARDO DE SAN LORENZO- lo mismo mira a los justos que a los pecadores, igual que una madre que no levanta los ojos de su pequeñuelo, para que no caiga, ó si cayere, para levantarla».

«María ha sido constituida Reina de todos, y también Abogada de todos», escribe el Beato Raimundo Jordán.

«Con más propiedad se la llama Abogada de los pecadores -dice DIONISIO CARTUJANO- que de los justos, porque aquellos, y no éstos, son los que necesitan ayuda»; y por eso la llama «Abogada de todos los malvados que acuden a Ella». Y SAN JUAN DAMASCENO la había llamado ya antes «Ciudad de refugio para todos los que a Ella se acogen».

«Reviva vuestra confianza en María -clama SAN BUENAVENTURA-, ¡oh pecadores desesperados!, y Ella os guiará al puerto», librándoos del naufragio de la condenación.

Digámosle, con SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA: «Ea, pues, ella, Abogada nuestra, cumplid con vuestro oficio»; y puesto que sois Abogada de los pobres, ayudadnos a nosotros, que somos los más miserables.

«Busquemos la gracia -nos exhorta SAN BERNARDO-, y busquémosla por María». «Esa gracia que nosotros perdimos, Ella la encontró -dice RICARDO DE SAN VÍCTOR-; a Ella tenemos que ir, por lo tanto, para recobrarla».

Cuando el Angel anunció a María su Divina Maternidad, le habló así, para animarla: *No temas, María, porque has hallado la gracia.*

(Lc. 1,30) ¿Y cómo puede ser eso? Nunca había perdido María la gracia; por el contrario, siempre había estado llena de gracia; ¿cómo pudo, pues, el Angel decirle que había encontrado la gracia? Responde el CARDENAL HUGO que la encontró, no para sí, sino para nosotros, que habíamos tenido la desgracia de perderla; por eso añade: «Corran los pecadores; corran a esa Virgen los que perdieron la gracia, y díganle sin temor: devuélvenos lo que te encontraste, que es nuestro», pues lo que se encuentra debe entregarse a quien lo perdió.

Si todos los pecadores acudieran a María con voluntad de enmendarse, ¿quién podría perderse? Porque sólo se pierde el que no recurre a María.

Santa Brígida oyó un día que JESUCRISTO decía a su Madre: «Al mismo demonio le conseguirías el perdón, si lo pidiera con humildad». No se humillará Lucifer a María; pero si ese caso llegara, si se humillara hasta pedir socorro a esta Madre Divina, no lo rechazaría la Virgen, sino que con su intercesión lo sacaría del infierno.

Con aquellas palabras lo que JESÚS quería darnos a entender es que María salva a todos los que recurren a Ella. Por eso la llamó

**BASILIO DE SELEUCIA:** «Hospital público», Los hospitales públicos son para los enfermos pobres; cuanto más pobres sean, más razón tienen de ser *admitidos*; así María, según esa expresión, debe acoger, ante todo, a los pecadores más perdidos que recurren a Ella.

«No rechazarás, no, ¡oh María! -exclama el monje ECBERTO-, al pecador, por repugnante que sea; si acude a ti, le tiendes la mano con piedad y lo arrandas del abismo de perdición».

Reveló el Señor a Santa Catalina de Sena *que* había hecho de María un cebo sabroso para atraerse a los hombres, y sobre todo a los pecadores» Y la misma Virgen reveló a Santa Brígida «que no hay pecador tan abandonado de Dios, que, si la invoca, no vuelva de nuevo a Dios y no alcance misericordia». «Así como el imán -le reveló también- atrae al hierro, así atraigo Yo a los corazones de hierro».

Quiere la santa iglesia que llamemos a María nuestra Esperanza. «Dios te salve, Esperanza nuestra». El impío Lutero no podía soportar la doctrina de la Iglesia, que nos enseña a llamar a María «Esperanza nuestra». Nuestra única esperanza -argüía- es Dios, y Dios maldice a quien pone su esperanza en una

criatura. No sabía el heresiárca que se trata del que pone su esperanza en una criatura independientemente de Dios; nosotros, en cambio, esperamos en María como mediadora para con El; y «es Dios mismo -como dice SAN BERNARDO- quien puso en María sus tesoros, para que sepamos que de Ella nos viene todo rayo de esperanza, de gracia y de salvación que llega hasta nosotros».

Es él mismo Dios quien desea que agradecemos a María todo nuestro bien, porque ha dispuesto que pasen por sus manos todas las gracias; de ahí que SAN BERNARDO no dudaba en llamar a María «mi máxima confianza, toda la razón de mi esperanza»

Con el mismo entusiasmo llamábala SAN BUENAVENTURA «salud de los que te invocan»; porque basta, según él, invocar a María para alcanzar la salvación. Digámosle, pues, frecuentemente, como el Santo Doctor, cuando nos invada el terror del infierno: «En Ti, Señora, esperé; no quedaré confundido en la eternidad». «No -confirma el Abad GEOFFROI-, no irá al infierno aquel por quien María ruega una sola vez».

He afirmado que no se condena el verdadero devoto de María. Pero, para que nadie se

engañe, diré ahora cuándo puede uno llamarse devoto verdadero.

Primer requisito necesario: tener intención de cambiar de vida y de no volver a ofender a Dios. Es lo que escribía SAN GREGORIO VII a la princesa Matilde «Pon fin a tu voluntad de pecar y encontrarás a María más dispuesta a yudarte que tu Madre carnal». Y la misma Virgen reveló un día a Santa Brígida: «Por mucho que haya pecado un alma, estoy siempre pronta a recibirla si vuelve; yo no miro a sus pecados, sino a la intención con que viene; y no me desdeño de lavar y curar sus llagas, porque me llaman, y en verdad soy, Madre de misericordia». Hermosas palabras para inspirar confianza a los pecadores.

Madre de misericordia quiere decir que, la misericordia y compasión de nuestras miserias hace que María nos ame y nos socorra mejor que una madre carnal; pero a condición de que queramos enmendarnos, como lo comunicó a Santa Brígida: «Yo soy Madre de los que quieren enmendarse».

De los pecadores obstinados no es Madre María. Si alguno está encadenado por una pasión, y todavía no tiene la resolución de redimirse, pero desea ser libertado de sus ca-

denas, que pida a María su ayuda para quebrarlas, y que tenga un principio de resistencia, o una voluntad inicial de dejar la ocasión de pecado, y la buena Señora le tomará de la mano y lo consolará, como oyó Santa Brígida que se lo decía JESUCRISTO a la Virgen -María: «A todo el que trabaja por levantarse, para ir a Dios, le das tu ayuda, y no consientes que nadie se vaya sin tus consuelos».

Segundo requisito para ser verdadero devoto de María: ganarse su protección con plegarias y con obsequios. Seguramente que María ruega por todos; pero siempre ruega con más eficacia por aquellos de sus siervos que mejor la honran; no olvidemos que «siendo María agradecida en sumo grado y liberalísima, paga magníficamente cualquier insignificante obsequio que le hagamos», como asegura SAN ANDRÉS CRETENSE.

Veamos ahora los obsequios que podemos ofrecer a esta Madre amantísima.

Primero: Rezar todos los días, al levantarse y al acostarse, tres *Avemarías* en honra de la Pureza de María, añadiendo luego: «Por vuestra Pura e Inmaculada Concepción, ¡oh María!, haced puro mi cuerpo y santa mi alma».

Poneos luego bajo el manto de María, para que, aquel día o aquella noche, os libre de pecado. Saludad también a la Virgen con el *Ave María* cada vez que suena el reloj, al entrar o salir del aposento, al pasar junto a alguna de sus imágenes, y al comenzar y terminar vuestas ocupaciones espirituales o temporales. ¡Dichosas las ocupaciones que van encerradas entre dos *Ave María*s! Cada vez que saludamos a esta agradecida Reina, sobre todo con el saludo, del Angel, que tan grato le es, nos corresponde con alguna gracia del cielo.

Segundo: Rezar todos los días, por lo menos, una tercera parte del Rosario. Es ya una devoción universal entre todos los fieles, aun seglares, y está enriquecida por los Sumos Pontífices con abundantes indulgencias; pero tened en cuenta que, para lucrarlas, es condición indispensable meditar en los Misterios.

Algunos devotos suelen rezar el Oficio Párvo de María; podríais, por lo menos vosotros, rezar el Oficio del Santísimo Nombre de María, muy breve, pues consta de cinco Salmos.

Rezad también todos los días tres *Pater* y *Ave* a la Santísima Trinidad, por las gracias que concedió a María; reveló la Virgen que esta devoción le es sumamente agradable.

Estando muy preocupada, santa Matilde por el buen fin de su vida, rogó insistente a la Santísima Virgen «que la asistiera a la hora de la muerte»; y acogiendo benignamente su petición, la Madre de Dios se manifestó a la implorante, diciéndole:

«Sí que lo haré, -pero quiero que por tu parte me reces diariamente tres avemarías, conmemorando en la primera, el Poder que me ha concedido el Padre Eterno» en la segunda, la Sabiduría que me concedió el Hijo; y en la tercera, el Amor de que me colmó el Espíritu Santo».

Este es, pues el origen de *las tres Avemarías*, devoción universal, por la que tantísimas almas se han salvado, siendo libradas por la Virgen de gravísimos peligros, tanto del alma como del cuerpo.

Esta devoción suele rezarse así:

«Virgen santísima, por el Poder que te ha concedido el Padre, Dios te Salve María... se reza en Avemaría.

«Virgen Santísima, por la Sabiduría que te ha concedido el Hijo, Dios te salve María... (Avemaría).

«Virgen Santísima, por el Amor que te ha concedido el Espíritu Santo, Dios te salve María... (Avemaría).

Tercero: Ayunar los sábados y las vísperas de las fiestas de María Santísima, o hacer otras mortificaciones en su honor.

Cuarto: Hacer diariamente la Visita a María Santísima ante alguna de sus imágenes que os inspire más devoción, y no dejéis de pedir en ella la santa perseverancia y el mayor amor a Jesucristo.

Quinto: No dejar que pase un solo día sin leer algo, aunque sea poco, sobre el amor y las virtudes de María Santísima.

He aquí una lista de los mejores libros:

«Los Asombrosos Frutos de una sencilla devoción», es muy ameno y devoto.

Y de San Luis Grignón de Montfort, grandísimo devoto de la Virgen, son los siguientes:

«Tratado de la Verdadera Devoción», 190 páginas.

«El Secreto del Santísimo Rosario», 128 páginas.

«El Secreto de María», 40 páginas.

Del franciscano Antonio Corredor, son los siguientes, muy amenos y devotos:

«María en ejemplos», 144 páginas.

«Leyendas Marianas», 216 páginas.

«Anécdotas Marianas», 124 páginas.

«María en tu Vida», 176 páginas.  
También son muy buenos:  
«La Devoción a María» del P. A. Royo  
Marín.

«María a la luz de la Biblia» de B.M.S.  
«Escogida entre Millares», del P. Marcelo,  
«Compendio Popular de la Devoción a la  
Virgen», del P. Ezcurdia.

«La Mujer más querida» del P. Sánchez G.

Y sobre todo, os recomiendo, la obra del autor de este libro, titulada LAS GLORIAS DE MARÍA, de la que se han impreso ya muchísimas ediciones en casi todas las lenguas.

Todos estos libros pueden encontrarlos en nuestra Editorial APOSTOLADO MARIANO, C/ Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

## MÁXIMAS DE LOS SANTOS SOBRE LA DEVOCIÓN A MARÍA

1. “Quien se abandona en María queda confortado en todos sus afanes, en toda pena y tribulación y vence todas las tentaciones” (Sta. María Magdalena de Pazzis).
2. “Tal es la voluntad de Dios, que quiso que todo lo tuviéramos por María” (S. Bernardo).
3. Más quisiera estar sin pellejo que sin devoción a María” (San Juan de Ávila).
4. María es la estrella que guía al puerto del cielo a los que navegamos por este mar del mundo” (S. Bernardo).
5. “La devoción a María puede llamarse la llave del paraíso” (S. Efrén).
6. “María es la escala celestial por la que Dios ha bajado a la tierra y por la que los hombres suben a Dios” (S. Fulgencio).
7. “Si amo a María puedo estar seguro de mi perseverancia, y todo cuanto quiera lo alcanzaré de Dios; luego, quiero amar a María, quiero amar a María” (S. Juan Berchmans).

8. “Esforcémonos en subir a Cristo por María, ya que Él descendió por Ella a nosotros” (S. Bernardo).

9. “Jamás leí que algún santo no fuese especialmente devoto de la Santísima Virgen” (S. Buenaventura).

10. “Después de la persona del Hijo de Dios, no hay otra más digna y más semjante a Él que la persona de la Madre de Dios” (S. Alberto Magno).

11. “Oh dignidad y grandeza de María, cuyos méritos son tantos, cuyas gracias son tan abundantes que dejan estupefactos a los moradores de los cielos, haciendo que admiren la naturaleza humana y la veneren los espíritus bienaventurados” (S. Lorenzo Justiniano).

12. “Honrad a María y hallaréis la vida y la salud eterna” (S. Buenaventura).

13. “En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María e invoca a María” (S. Bernardo).

14. “En toda tribulación acude a María y no temas; invócala en las tentaciones y vencerás” (S. Francisco de Sales).

15. “Grandes cosas se han dicho de tí, Madre divina, pero tus glorias no se agotan y dan margen todavía a incesantes alabanzas” (S. Bernardo).

16. “De tal manera es María la obra de Dios, que agotó en Élla toda su sabiduría, su poder y sus riquezas” (S. Buenaventura).

17. “La gracia de María ha dado gloria al cielo, un Dios a la tierra, fe a las naciones, muerte a los vicios, orden a la vida y regla a las virtudes” (S. Pedro Crisólogo).

18. “Dios no pudo hacer nada más grande que María. Pudo hacer un mundo más grande, pudo hacer un cielo más grande, pero no pudo hacer una madre más grande que la Madre de Dios” (S. Buenaventura).

19. “Por María el cielo se llena, y el infierno se halla más vacío” (S. Bernardo).

20. “¡Oh Santísima Virgen María! Vos sois más santa que todos los santos y sois el tesoro de toda santidad” (S. Andrés Cretense).

21. “María es la escala de los pecadores, es mi mayor confianza, y sobre todo, es el fundamento de mi esperanza” (S. Bernardo).

22. “María es la puerta del cielo y el manantial de toda luz” (S. Juan Damasceno).

23. “Así como la respiración continua es señal de vida, la frecuente invocación a María es prueba de que se goza de verdadera vida, y Élla da esta vida y la conserva” (S. Germán).

24. “Nadie puede salvarse si no es por Tí, ¡Oh Virgen Santísima!” (S. Germán).

25. “¡Oh María! aquel que Vos queráis que se salve, se salvará, y aquel de quien Vos apartéis vuestra mirada, sufrirá la muerte eterna” (S. Buenaventura).

26. “Ninguna lengua humana podrá jamás ensalzar a María como ella se merece. A los que de corazón deseamos servirla y obsequiarla, bástenos creerla y proclamarla más grande y más excelsa de todo lo que puede entender la inteligencia humana” (S. Buenaventura).

27. “¡Oh Señora! Nadie ni nada hay semejante a Tí. Todo cuanto existe está en un plano diferente al tuyo: sobre Tí sólo Dios; debajo de Tí todo cuanto no es Dios” (S. Anselmo).

28. ¡Ah! Qué excelencia y qué perfección debió atesorar el alma de María para llegar a

ser digna Madre de Dios” (Sto. Tomás de Villanueva).

29. “Su eminente santidad y su gracia excepcional, la merecieron el singularísimo privilegio de ser juzgada digna de recibir en su seno el Verbo de Dios” (S. Agustín).

30. “Por eso la saludó el Arcángel Gabriel: “Dios te Salve, llena de gracia...”, porque, en efecto, Élla está sobresaturada de gracias, hasta tal punto que esta sobreabundancia desborda sobre nosotros en este triste valle de lágrimas” (Sta. Teresa Petyt).

31. “No hallamos lugar seguro sino bajo tu manto protector; Tú eres nuestra única esperanza; Tú sola nuestra Madre y defensora a quien volvemos nuestros ojos” (Sto. Tomás de Villanueva).

32. “Toda gracia que a este mundo se concede, viene a nosotros por un triple conducto; de Dios a Cristo, de Cristo a la Virgen, y de la Virgen a los hombres” (S. Bernardino de Sena).

33. María es la dispensadora de todas las gracias, y como con cierto derecho de Madre, administra los méritos de Cristo” (S. Pío X).

34. “El devoto de María que fielmente la sirve e implora su socorro, no pueden condenarse” (S. Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio).

35. “Quién pretende las gracias sin acudir a María es como pretender volar sin alas” (S. Ambrosio).

36. Todas las gracias que nos han venido del cielo nos han llegado por manos de María” (S. Antonio de Padua).

37. “En vano busca la gracia quien no busca por María” (S. Buenaventura).

38. “¡Oh Señora! tanto es lo que Dios te ha ensaltado, que por Él lo puedes todo” (S. Anselmo).

39. “La devoción a María es el salvaconducto seguro que nos libra del infierno” (S. Efrén).

40. “Dudo de las personas que no tienen devoción a la Santísima Virgen” (S. Francisco de Borja).

41. “El camino para ir a Cristo es acercarse a María, los que huyen de Élla, no encontrarán la paz” (S. Buenaventura).

42. “María es la Mediadora universal. Sin Élla no hay gracia y sin gracia no hay salvación” (S. Bernardo).

43. “No desconfíes, pecador, acude a María a quien hallarás siempre dispuesta a socorrerte” (S. Basilio).

44. Pide al Señor todas las gracias que deseas, pero sabe que no obtendrás ninguna si no es por intercesión de María” (S. Cayetano).

45. “Nadie puede entrar en la gloria si no es por María que es la puerta” (S. Buenaventura).

46. “¿Quién se podrá salvar? ¿Quién se librará de los peligros? ¿Quién podría alcanzar la gracia de la salvación si no es por Tí, Virgen llena de gracia?” (S. Germán).

47. “El mundo entero estaría ya aniquilado si no nos hubiera protegido la poderosa intercesión de la Santísima Virgen” (S. Fulgencio).

48. “Qué refugio más seguro que el seno compasivo de María, donde el pobre halla asilo, el enfermo medicina, el afligido consuelo, el que duda, consejo, y socorro el desesperado” (S. Ligorio).

49. “Como María es tan generosa, paga los más pequeños servicios que le hacemos, con inmensos beneficios” (S. Andrés Cretense).

50. “Oh María, si pongo mi confianza en Vos, seguro que me salvaré” (S. Juan Damasceno).

51. “Si estoy bajo vuestra protección, oh María, a nada ni a nadie debo temer” (S. Antonio de Padua).

52. “Sin Tí no hay piedad ni bondad, porque Tú eres la madre de toda virtud y de todo bien” (S. Anselmo).

53. “De lo más íntimo del corazón, con todos los afectos y ternuras del alma hemos de venerar a María, porque así lo quiere quien ha dispuesto que todo lo obtengamos por Élla: esta es su voluntad en favor nuestro” (S. Bernardo).

54. “Por Élla pasó toda la gracia, creada e increada, que vino o había de venir al mundo. Es por tanto, Madre de todo bien, de toda gracia, de toda misericordia” (S. Alberto Magno).

55. “Todo cuanto quisieras ofrecer, acuérdate de ofrecerlo por María, para que el don vuelva al dador de la gracia por el mismo cauce que a tí bajara” (S. Bernardo).

56. “Por experiencia se sabe que el que no reza el Rosario, nada reza, ni tampoco vive como debe vivir un cristiano verdadero” (S. Antonio M.<sup>a</sup> Claret).

57. “El Rosario es la oración más bella, más rica en gracias, y la más agradable a la Santísima Virgen” (S. Pío X).

58. “No es posible expresar cuánto estima la Santísima Virgen el Rosario, sobre todas las demás devociones y cuán magnífica es en recompensar a quienes trabajan por propagarlo” (S. Luis Grignión de Montfort).

59. Después de la Misa, es el Rosario el mejor medio de aliviar y aún de librar a las almas del Purgatorio” (S. Alfonso M<sup>a</sup> de Ligorio).

60. “En tus manos, oh María, se hallan todos los tesoros de la misericordia del Señor” (S. Pedro Damián).

61. “El que abandona a María, no tiene salvación, ni vida” (S. Cipriano).

62. “Como Madre del Creador, Tú puedes todo lo que quieras... Nada hay Oh Purísima, que limite tu acción, y tanto puedes cuanto quieras y deseas” (S. Eutimio).

63. “Tu patrocinio es más grande de lo que pueda alcanzar la inteligencia humana. Tú diariamente tiendes tu mano ayudadora a los que fluctúan en el piélago de los pecados” (S. Germán).

64. “Si Dios ha colmado de gracias a sus buenos servidores, ¿cuáles serán los dones concedidos a su Madre? ¿No serán incomparablemente superiores a los favores concedidos a los servidores?” (S. Basilio de Seleucia).

65. “Oh Virgen Santísima, el que haya dicho de Vos todo lo que hay de venerable y de glorioso, no ha pecado contra la verdad, sino que no ha alcanzado vuestra dignidad” (S. Basilio de Seleucia).

66. “Vos sois el espíritu y la vida de los cristianos, pues así como la respiración es la prueba de que nuestro cuerpo está vivo, así vuestro santísimo nombre incansablemente pronunciado por la boca de vuestros servidores, en todo tiempo y lugar, no solamente es la prueba, sino también la causa de la vida, de la alegría y del socorro seguro para nosotros” (S. Germán).

## OTRAS OBRAS DE SAN ALFONSO

Las Glorias de María 1<sup>a</sup> parte, con 256 pág.

Las Glorias de María 2<sup>a</sup> parte, con 293 pág.

Práctica de Amor a Jesucristo, con 268 pág.

Reflexiones sobre la Pasión, con 192 pág.

El Amor del Alma, con 169 pág.

Preparación para la Muerte, con 340 pág.

La Santidad Sacerdotal, con 352 pág.

El Gran Medio de la Oración, con 112 pág.

Conformidad con la Voluntad de Dios, con 64 pág.

Visitas al Santísimo Sacramento, con 208 pág.

Una sola cosa es necesaria, con 72 pág.

El que quiera venirse conmigo, con 72 pág.

Los Diez Mandamientos, con 200 pág.

Para confesarse bien, con 56 pág.

Dios es Amor, con 96 pág.

Consideraciones sobre la Pasión de Jesucristo, con 86 pág.

Preparación para la Vida Eterna, con 270 pág.

El amor de Dios en la Encarnación, con 208 pág.

Para asegurar tu Salvación, con 208 pág.

Meditaciones Fundamentales, con 72 pág.

Jesús en la Eucaristía, con 48 pág.

La Devoción a María Santísima, con 32 pág.

La Pureza de Intención, con 32 pág.

La Misa atropellada, con 48 pág.